

Esa tarde

Esa tarde la rutina me inundaba. Mi horizonte inmediato se mostraba tedioso y la posibilidad de encontrar un remedio se antojaba improbable. Este pensamiento acaparaba a los otros cuando alguien llamó a la puerta. Al acercarme para abrir sentí que un sobre de blancura deslumbrante aparecía a mis pies. Mi nombre de pila estaba escrito en la carátula con una caligrafía que no me pareció ajena. El texto del interior era escueto.

Conferencia: Jorge Luis Borges
Lugar: Biblioteca de Babel
Salón: El Aleph
Fecha: Hoy, al promediar la tarde
Planeta: Orbis Tertius

Inútil mencionar lo oportuno de la convocatoria. Tomé mi cuaderno de notas y salí en busca de la Biblioteca de Babel. Describiré el sitio como un laberinto perfectamente señalado. La palabra ALEPH me condujo por un número considerable de pasillos que se ampliaban o estrechaban indiscriminadamente hasta hacerme llegar a lo que, supuse, sería el lugar de la cita.

El salón era completamente redondo pero no sólo en diámetro sino en circunferencia. Puedo asegurar que entré en una esfera, es decir, en la perfección geométrica. Sin embargo, lo que en realidad me sorprendió fue la concurrencia, compuesta por hombres y mujeres vestidos de manera anacrónica. Tuve la impresión súbita de que los conocía a todos, de que los había visto en alguna parte, de que podría, incluso, saludarlos por su nombre.

De pronto una mujer de edad avanzada apareció en el escenario, pidió que tomáramos nuestros lugares y dijo:

-Mi nombre es Leonor Acevedo. Antes de presentar al conferenciante debo constatar el quórum. Pasaré lista: Pierre Menard, Emma Zunz, Funes, David Brodie, Rosendo Juárez, Ulrica...

A medida que los nombres eran pronunciados yo advertía que nada era producto de mi imaginación pues, efectivamente, yo conocía a esas personas. Cuando escuché el mío, una voz que salió de mí sin que pudiera controlarla respondió "presente".

Confirmado el quórum, Leonor, sin más trámite, presentó a Jorge Luis Borges quien compartiría con nosotros un poema de juventud.

A partir de ese momento me fue difícil medir el tiempo, sentí que mi cuerpo adquiriría absoluta levedad y que mi vida fluía como un río. El lugar se llenó de una luz radiante que al tiempo de iluminar perturbaba la visibilidad. Alcancé apenas a ver la sombra del poeta, tal vez su rostro. En medio del silencio brotó su voz y escribí en mi cuaderno el poema. Lo guardo conmigo desde esa tarde.

*Mirar el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua*

*Victoria Navarro
México D. F.*